

NÚMERO SUELTO
3 S mē

EL MOSQUITO

PERIODICO SEMANAL
INDEPENDIENTE, SATIRICO, BURLESCO Y DE CARICATURAS

Director propietario: ENRIQUE STEIN

SUSCRICION MENSUAL
En Buenos Aires. 12 \$ mē

En la Campaña (trimestre adelantado)..... 45 \$ mē
En las Provincias id. id..... 1 80 \$ mē.

PUNTO CENTRAL DE SUSCRICION Y VENTA
Administracion del
COURRIER DE LA PLATA
202, calle San Martín, 202

Las personas que viven fuera de Buenos Aires en puntos que no tienen agentes de nuestro periódico pueden recibirlo mandando adelantado a esta Administracion la cantidad de fuertes 1.80 en sellos postales, previo de una suscripcion por tres meses.

La Administracion.

ADMINISTRACION

TUCUMAN 143 (altos)

Abrigarse bien

He conocido a un cirujano militar, buen hombre en el fondo pero de una distraccion constante y que hacia mucho daño a sus conocimientos.
Ese facultativo, muy amigo del calor, recomendaba siempre a sus enfermos cualquiera que fuera la afeccion que los aquejara de taparse bien.
—Manténgase bien abrigado, decia, eso es todo.
Una vez, de noche, un soldado va a llamar a la puerta de su tienda
El cirujano dormido se despierta a medias, abre un ojo y pregunta:
—Qué hay? quien es?
—Soy yo, señor Mayor, Morlan de la cuarta compañía.
—Y qué quieres de mí?
—Acabo de ser picado por una vibora.
—Abrigate bien! dijo el cirujano dándose vuelta en su catre de campaña y volviendo a tomar el sueño interrumpido.
El gobierno nacional me recuerda a ese cirujano. Hay revoluciones tremendas en las provincias, sérios disturbios en el interior; chasques llegan a toda prisa, telegramas alarmantes se suceden y a todo eso el gobierno nacional contesta con una calma angelical y en tono paterno:
—Mas moderacion, muchachos! mas moderacion! y vuelve a tomar la tarea interrumpida que consiste en hablar de negocios de Estado y otros.
Me parece ver llegar en medio de esos conciliabulos, en donde para hacer diversion a la politica se habla un poco de asuntos mundanos de la última aventura de la señora de A., de la jugada que ha hecho al doctor P. la impura pero magnifica P., me parece ver llegar un telegrama anunciando los disturbios de Santa-Fé.
—Excelencia, un telegrama de Santa-Fé.
—¿Si, y qué dice?
—Dice que el motin ha estallado.
—De veras? no lo extraño, y qué ha pasado?
—Quisieron asesinar a Friondo y a Bayo; querian hacer un degüello de los amigos, pero los vecinos han subido a las azoteas, han matado a veinte personas, herido a cien y derrotado los revolucionarios.
—Ah! qué gente! ¿y ahora está concluido?
—Si señor, estan persiguiendo a los fugitivos.
—Entonces todo va bien ya que la jarana está concluida no hay mas que ocuparse de ello. Sin embargo hay que telegrafiarles de mi parte que tengan mas juicio, y que si continúan a jugar así concluirán por lastimarse.
—V. E. lo cree?
—Oh! se lastimarán, no hay la menor duda!... ¿Qué decia, don Diego? Con qué la muchacha...
Este método de tomar así las cosas con buen modo y sin alboroto tiene sus ventajas en ciertas circunstancias; la calma es muchas veces un acierto: por lo regular al dejar las cosas delinear se bien, al esperar que hayan tenido un cierto desarrollo, sucede que se arreglan de por sí y que cuando se piensa en tomar alguna medida, llega la noticia que la revolucion está concluida, que las cosas se han compuesto solitas y que la provincia revolucionaria marcha otra vez como en rueditas.
Es verdad que eso cuesta a veces alguna efusion de sangre, pero todos sabemos que no se hacen tortillas sin romper huevos.
El inconveniente es que no siempre las cosas terminan con la misma rapidez.
Hay provincias mas porfiadas unas que otras y en las cuales la lucha se prolonga, de gusto no mas, Corrientes, por ejemplo.
Cuando la eleccion de Derqui dió lugar a protestaciones en Goya y en la Esquina, el gobierno hizo la contestacion de siempre: — ¿Si, eh? digales de mi parte que hacen mal, que se queden quietos, que es mejor; que si se divierten a pelear así, a uno a otro le ha de doler.
La cosa no se arregló por sí sola, como de costumbre y el gobierno mandó a dos médicos para curar las llagas de la Provincia lastimada por sus propios hijos.
Pero los dos médicos no se entendian y practicaban métodos diferentes; uno queria emplear el agua fria para la curacion de la enferma; el otro era partidario de los paños calientes.
El mas filósofo se retiró dejando a su colega en apuros.
Este se quedó allí practicando la cura por medios lenitivos y electuarios que a veces parecian deber dar buenos resultados; hasta una vez escribió que habia purgado todos los humores, pero hé

aqui que estos se internaron otra vez y fueron reabsorbidos.
El médico pedia ayuda, queria un cirujano para ayudarlo, pero un cirujano benigno, un muchacho de paz y de tranquilidad que no fuera demasiado atrevido.
Qué hace el gobierno entonces? declara la intervencion y manda a su doctor ministro un barbero bastante diestro y que ha hecho sus pruebas de habilidad, pero incapaz de apartarse de la consigna recibida y de emprender nada sin haber tomado la anuencia del doctor a quien va recomendado.
Pero el cirujano no desplega su bandera, no saca ni un bisturi y se contenta con apretar un poco el carbúnculo.
Sin embargo, la llaga no se cura, se agranda por el contrario, es preciso no dejar al enfermo en manos de los facultativos que no lo tratan bastante enérgicamente, es un cirujano que se necesita, y no un cirujano tímido y poco audaz, sino un individuo que sea capaz de trinchar en la carne viva para separar la muerta.
Y saben quién mandan?
Un médico de la misma clase que los demás, un apóstol del agua caliente, de las lavativas y de los baños emolientes; un individuo por el estilo del cirujano militar de quien hablaba al principiar este artículo y que decia a los soldados que se quejaban de haber recibido un balazo en el vientre:
—Abriguense bien.
Y efectivamente Gutierrez recetó un sinapismo.
Plaza una cataplasma.
A las un cáustico inofensivo.
Y ahora Quintana acepta la mision de inyectar una lavativa.
Hay quien dice que una artilleria menos hidráulica y de mayor calibre seria mas eficaz.

Cuestion de apreciaciones

GUERRICO.—Señores, se trata para nosotros de una cuestion de dignidad. La Comision de Pesquisas de la Legislatura, insiste en que le entreguemos el trabajo que hemos principiado; es decir, que despues que hemos tenido, a lo menos yo, la iniciativa de las averiguaciones, hay que entregar el trabajo hecho a otros que lo aprovecharán para hacerse de él un mérito.
PERISENA.—Si es una cuestion de dignidad de la apreciacion de la Honorable Corporacion el cuidado de saber lo que conviene hacer. Pero si no se trata mas que de la prerogativa de desmenuzar la contabilidad, pedir estados comparativos y puntear libros de caja, yo declaro que no tengo el menor empeño para entregarme a esos trabajos que siempre he mirado con horror.
GUERRICO.—Bien lo prueba la falta de vigilancia y control que ha precipitado esta administracion en el mas escandaloso despilfarro.
PERISENA.—Señor vocal, modere sus palabras.
GUERRICO.—Demasiado moderadas son.
CRISOL.—Señores, no llevemos el antagonismo en nuestro seno; confieso que yo soy tan culpable como Perisena, no me gustan los guarismos, sin embargo, si yo hubiera sospechado lo que pasaba hubiera por lo menos provocado una inspeccion.
GUERRICO.—Yo la provoqué.
PERISENA.—Tarde.
GUERRICO.—Señor.
CRISOL.—Orden y calma, señores! Paz sobre todo, que es lo que necesitamos ahora, para combatir el enemigo comun. Decia, pues, que yo por mi parte soy tan culpable como Perisena.
VILLER GAS.—Y yo tambien.
GUERRICO.—V. mas, porque en su calidad de Contador, debia ser mas desconfiado que los demás.
PERISENA.—Yo creo que haríamos bien en poner llano y sencillamente en manos de la Comision de la Legislatura los documentos que nos pide y dejar que se instale aqui a desembrollar la inextricable red de todos los embrollos.
GUERRICO.—Si no se tratara mas que de dejarles hacer su verificacion, no seria nada, pero tratase de otra cosa, vea V. como nos tratan y en que tono nos hablan, parece que somos nosotros los despilfarradores, segun ellos. No tengo tanto apogo a la prerogativa de esa averiguacion pero no quiero que vengan a decirnos: — Salgan de aqui, administradores ruinosos, éditos ineptos, fautores de robos por falta de vigilancia! Vdes. no sirven para nada, déjense de hurgar en los libros viejos de sus

administrados, que no han abierto nunca cuando hubiera sido de alguna utilidad, son sus cuentas propias como las de sus empleados que vamos a verificar.
Eso no quiero que me lo digan, yo, porque no tengo cola de paja.
CRISOL.—Ni yo!
VILLER GAS.—Eso es un insulto.
CRISOL.—Nos invitan a comparecer ante ellos como si fuéramos subalternos.
GUERRICO.—No nos invitan, sino que nos intiman la orden de comparecer, fijense en la nota.
VILLER GAS.—Es verdad.
CRISOL.—Si, sí.
PERISENA.—Señores, Vdes., se exaltan mucho, su lenguaje es el de descontentos, de insurrectos, permitanme retirarme, no puedo entrar en los planes de resistencia que complotan. (Sale Perisena.)
GUERRICO.—Es un gallina, este infeliz; a nosotros, señores, que dicen Vdes., de la intimacion que se nos hace de comparecer ante los miembros de la Comision.
VILLER GAS.—Yo digo... no digo nada... pero pienso mucho.
CRISOL.—Y V., Guerrico, qué dice?
GUERRICO.—Yo digo que no voy.
VILLER GAS.—V. se va a negar, Guerrico!
GUERRICO.—Formalmente.
VILLER GAS.—En ese caso seremos dos.
CRISOL.—Seremos tres, señores, yo estoy con ustedes.
GUERRICO.—Escribamos una nota a la Comision diciéndole que daremos por escrito y en cambio de notas los documentos que exijan, pero que en cuanto a comparecer ante ella nos negamos rotundamente.
VILLER GAS.—Está conforme, esa especie de resistencia me renueva la sangre, me hace bien, me recuerda la época de la fogosa juventud y los nobles entusiasmos de la adolescencia! (Se restrega las manos paseando al paso militar y tarareando una marcha guerrera) brum! brum! tra! tradera tralala trrra!
CRISOL animándose tambien mientras Guerrico redacta la nota y poniéndose a caminar a compas al lado de Villergas: Ran! Ramplaplan, plaplan! rrrran! yo tambien, en mis tiempos!...
GUERRICO.—Ya está señores, lean y firmen.
VILLER GAS.—(Siempre tarareando con entusiasmo)—Tradera! tralalala!... Ahí está, ya firme.
CRISOL.—(Imitando con la boca el ruido del tambor).—Ran! raran! rataplan! Yo tambien he firmado.
GUERRICO.—Portero.
EL PORTERO.—Señor.
GUERRICO.—Lleva esta nota a aquellos sin vergüenza.
EL PORTERO.—Cuáles sin vergüenza, mi señor.
GUERRICO.—Aquellos pilletes de la Comision de Legislatura.
EL PORTERO.—Bien, señor.
GUERRICO.—Señores, lo que acabamos de hacer tiene un gran alcance, con eso hemos de adquirir un inmenso triunfo moral. Envueltos en nuestra dignidad vamos a parecer mas grandes a los ojos del mundo y comparados a aquellos senadores romanos sentados en sus tronos curulos, resistiendo a las pretensiones de los cónsules y de los emperadores. Los Diputados en su orgia de poder, en la embriaguez de potencia en la cual se revuelcan, van a ver aparecer ante sus ojos nuestros tres nombres austeros.
CRISOL.—Bravo! Bravo!
VILLER GAS.—Qué bien habla, ese demonio de Manñefito!
GUERRICO.—Si, señores! estos tres nombres leídos de repente en ese recinto en donde se reunen ébrios de orgullo nuestros encarnizados enemigos, esos tres nombres van a ser para ellos un espantajo, como lo fué para Balthazar el tremendo Mane Tecel Fares de Fertin.
EL PORTERO (asomando la cabeza) ¿Se puede entrar?
GUERRICO.—Entra. ¿Entregaste?
EL PORTERO.—Entregué.
GUERRICO.—Y qué hicieron? se quedaron abobados? pasmados? aplastados por el golpe al leer la carta?
EL PORTERO.—No señor, uno de ellos leyó la nota y la pasó a dos ó tres mas, que se rieron, y uno de ellos hizo una contestacion que todos firmaron.
GUERRICO.—Y la tienes esa contestacion?

EL PORTERO.—Ahí está.
GUERRICO.—Dámela y vete. (Se pone a leer la carta y al terminar se pone pálido y trémulo). No es posible! Habrá leído mal.
VILLER GAS (tomándole la carta de las manos). Qué veo! qué es eso? Estoy loco?
CRISOL.—Pero qué dicen?
GUERRICO.—Dicen que si no vamos nos harán ir a la fuerza, empleando los medios mas enérgicos.
VILLER GAS.—Los vigilantes.
GUERRICO.—Naturalmente.
VILLER GAS.—Ah, diablos! eso es otra cosa! No quiero yo atravesar las calles de Buenos Aires entre dos policianos, eso sí que no!
CRISOL.—Ni yo tampoco.
GUERRICO.—¿Cómo, señores? Qué se ha hecho su energía de hace un rato? Esa amenaza pone el sello a nuestra gloria! Ojalá la pongan en práctica! Pasamos al estado de mártires de las venganzas mezquinas y de los celos de una corporacion celoso de nuestras prerogativas; ¡somos mártires, señores! somos mártires! Ojalá vengan y me lleven allá, rodeado de esbirros, con la cadena de fierro al pescuezo, las esposas en las manos y una barra de grillos a los pies.
CRISOL.—Demonio! dejémonos de bromas, a mí nada de eso me conviene, no sueño la palma del martirio yo.
VILLER GAS.—Yo he leído en varias novelas lo que es la paja húmeda en los calabozos, y no tengo ninguna gana de conocerla prácticamente.
GUERRICO.—¿Y qué piensan hacer?
CRISOL.—Rendirnos a los deseos de la Comision.
GUERRICO.—Es que aqui no hay deseos expresados sino órdenes intimidadas.
VILLER GAS.—Pues bien, obedecer a las órdenes de la Comision.
GUERRICO.—Pero es una cobardía.
VILLER GAS.—Ah! bah!
CRISOL.—Cuestion de apreciaciones.
GUERRICO.—Pero nos deshonramos!
VILLER GAS.—Oh! la palabra es dura, hay deshonras que honran.
CRISOL.—Hay circunstancias en la vida en donde es bello saber soportar dignamente el deshonor.
GUERRICO.—(Se queda un momento con la boca abierta)... Será posible que vds. me dejen resistir solo!
CRISOL.—Estoy decidido a pasar por esa humillacion.
VILLER GAS.—Yo encargo a las generaciones futuras el cuidado de mi rehabilitacion.
GUERRICO.—Ah collones! liebres! cobardes! vds. me dejan solo en apuros, porque solo saben que no puedo resistir.
CRISOL.—Por qué no?
GUERRICO.—Porque una resistencia sola no produciria efecto y no tendria nada de solidario con la corporacion.
VILLER GAS.—Entonces vendrá con nosotros mañana a saludar a esa Comision?
GUERRICO.—Necesariamente ya que vds. no quieren que hagamos de otro modo. Yo sacrifico mis convicciones a las conveniencias; lo siento, pero solo no puedo hacer de otro modo.
CRISOL.—No le digo, compañero? Hay circunstancias en la vida en que es honorable saber soportar dignamente el deshonor.

De cómo el pobre Raul se engañó a sí mismo

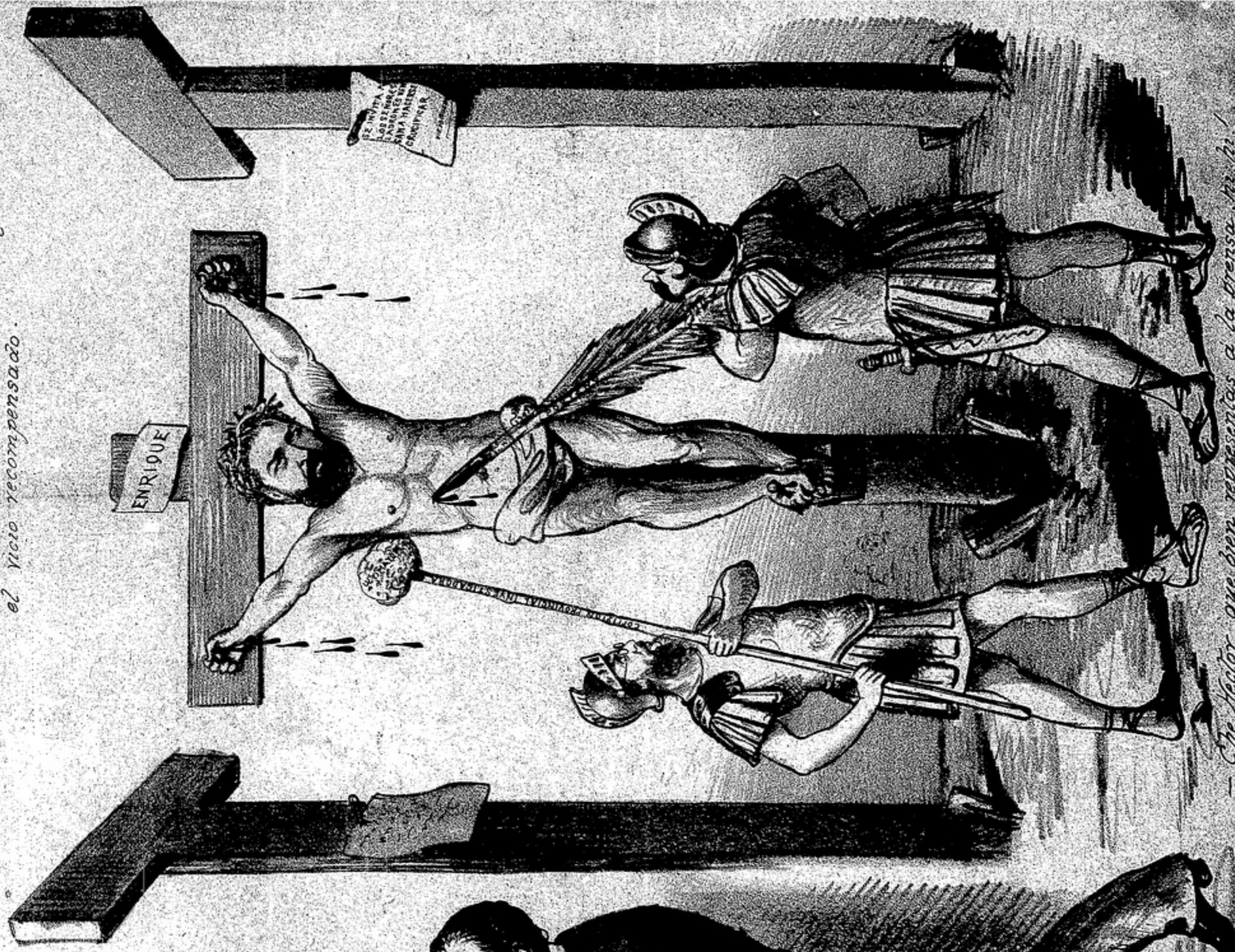
Esta es una historia y no un cuento moral, aunque una buena moraleja puede sacarse de su relacion.
Dicen unos que todas las verdades no son buenas para ser dichas.
Otros pretenden, entre otros Boileau, hombre muy fuerte en pretensiones, que no hay nada bello sino lo verdadero y que lo verdadero solo es amable.
Y dicho esto, voy a contar un episodio de la vida del amigo Raul, tal cual me lo contó a mí, haciendo solo una exposicion sumaria del personaje antes de llevarlo a la accion.
Raul era un hombre de inteligencia y de ideas progresistas, pero muy escaso de sentido moral y de un temperamento seco, que no lo ponía en peligro de morir de una hinchazon de corazon.
Era un hombre todo de instinto y que era bueno cuando cedia a su primer movimiento, pero desgraciadamente, sabia de memoria el refran atribuido a todos los diplomáticos desde Maquiavelo.

UN TRIPLE MANTEO



Es muy hujuenico un poco de ejercicio de tiempo en tiempo.

EL MOSQUITO



NO PARA TODOS ES DIA DE PASCUA  
osea: La justicia de Dios o la virtud castigada y  
el vicio recompensado.

— Che Héctor que dien representas a la prensa, hi hi!  
— Y vos, Luis, a la Legislatura, oh, oh!

